

hombres y mujeres que deseaban participar, formaban un círculo alrededor del Yunce y cogidos de la mano gritan bailando al son de marinera y tondero norteño, ejecutados por la banda de músicos contratada por el comité organizador. Acto seguido les entregaban un hacha y empezaban a cortar el tronco del Yunce. La persona a la que le tocaba en suerte derribar el Yunce, era el mayordomo encar-

gado para el próximo año.

Esta danza de cintas de colores trenzadas alrededor de un árbol y que caen desde la parte alta de las ramas, representa las primeras fiestas que los españoles enseñaron a los indígenas Tacllanes, cuya tradición enraizó profundamente en el alma popular hasta nuestros días dando origen al Yunce.



Tradición Penonomeña

LA ROSCA DE CUMPLEAÑOS

Gil Blas Tejeira

El pan ha sido para el hombre, a través de todos los tiempos, algo sagrado. Sin duda, por eso, era y espero que siga siendo costumbre entre los muchachos interioranos, antes de tirar un pedazo de pan al suelo, besarlo y decir: "Para que el diablo no se ría".

Para el hijo del interior, nunca ha existido diferencia entre ricos y pobres cuando de pan se ha tratado. Porque todo el que se consume entre nosotros es pan blanco y para el interiorano no tiene sentido el pan negro que comen las clases proletarias de otros países y que los dietéticos nos quieren presentar como mejor por ser más rico en vitaminas.

En el Penonomé de mi infancia el pan nunca se perdía. El caliente se consumía en el pueblo y el llamado "pan frío" era preferido por los enfermos del estómago o vendido en lotes a los campesinos que bajaban al pueblo los Domingos.

Sólo adquiría significación diferente la enorme rosca de pan de huevo que se mandaba a hacer para las celebraciones de cumpleaños.

Recuerdo que, cuando niño, esto de celebrar el cumpleaños (en mi pueblo jamás oí hablar de onomástico) era algo glorioso para mí. Con anticipación de semanas iba contando los días que me separaban de la esperada fecha. La víspera en la noche llevaba un par de huevos a una de las panaderías del pueblo para que me hicieran una rosca. Acaso conozca el lector esas grandes roscas de pan de yema que hacen en nuestras panaderías vernáculas. Unas son redondas, otras, de forma acorazonada. El artista anónimo de la panadería adorna con caprichosas flores y hojas en relieve, la superficie, antes de ponerla al horno. El amarillo de la masa se torna moreno por el fervor de la lumbre, y ya dorada, el hornero saca con destreza, por medio de su larga pala de madera, el rectángulo de zinc sobre el que se colocó la rosca para someterla al purgatorio del horno.

Yo no admitía que nadie en mi casa fuera a buscar mi rosca. Iba yo misma a la panadería y, con todo cuidado, envuelta en una gran servilleta, como quien lleva un niño recién nacido a quien hay que preservar del daño del sereno, la llevaba a casa donde era recibida con alborozo.

Se partía aquella rosca con toda ecuanimidad, pues cualquier largueza que no fuera en beneficio del agasajado, daba lugar a insubordinables protestas. Y era grato el sabor de aquel pan tierno y dorado, de entrañas rubias, comido alrededor de la gran mesa a la que nos sentábamos todos los de la familia, mezclando nuestras voces con los gritos de una lora de rutinario vocabulario, los ladridos de varios perros y los maullidos pedigüños de los gatos.

La rosca de cumpleaños era una buena institución interiorana y yo espero que no haya sido sustituida por el extranjerizante cake con velitas, revelador indiscreto de la edad de los mayores o encubridor del número exacto de "brístoles" de alguna dama deseosa de ocultarlo.

Quieran los dioses tutelares de mi pueblo que subsista todavía la costumbre de celebrar "el mejor de los días" con aquella rosca simbólica, ruborizada por el horno, que no por la vergüenza, que en mí produce siempre, el canto inocuo y gringo del "Happy-birthday-to-you" que hoy desentona en muchos hogares panameños de donde parecen haber huído ahuyentadas por las corrientes foráneas, las dulces y saudosas tradiciones nacionales.



San Juan

Gaspar Rosas Quirós

Ay, . . . Juan! . . . Ay, . . . Juan! . . .
San Juan! . . . San Juaaaaann! . . .
Era grito del amanecer.

Por las puertas entornadas, media luz de linternas advertía gente despierta.

La madrugada traslucía en vaporoso lienzo de las plegarias que ascendían con la neblina hasta el trono de San Juan. . .

Las gracias del santo bajaban, probando fieles en peregrinación al Zaratí, donde su bendición a esas horas caía por cada sumergida bautismal. Eran pocos los infieles que esperaban, a las seis de la mañana, bendición del gallinazo.

Por la Chiquereja entraban las mariqueñas, gritando el San Juan, frescas ya del bautismo y aromadas de mirto. Traían a sol nuevo su vendimia tropical: bateas suspendidas en la gracia de sus cabezas erguidas con un caminar de fiesta. Nances, mangos, botellas de leche y huevos, para el mercado que abrían por atajos y aledaños pueblerinos. Allí San Juan, pescador de almas, tendía su red, multiplicando el baratillo ecuestre desde el amanecer, cuando en los corrales el quisquirrillo con su díaaaa! . . . díaaaa! . . . anunciaba el ordeño de las vacas que manaban como nunca para la venta y la dádiva.